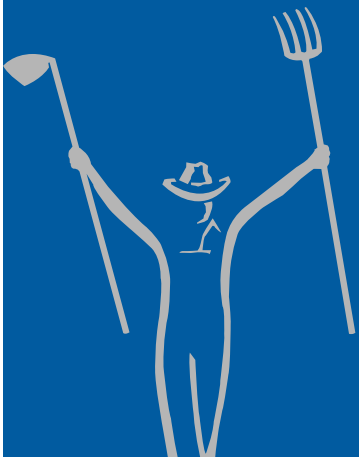

Seres del abismo

Tasi Mukúame (nunca morimos)

Pies ligeros, eso traduce la palabra *rarámuri*, como se les llama a los indígenas de la Sierra Tarahumara en Chihuahua. Lorena, Andrés y Martín, son tres jóvenes indígenas orgullosos que, al lado de una veintena más hacen honor a ese vocablo. Diariamente recorren de tres a ocho kilómetros de caminos sinuosos para llegar a su trabajo en el novedoso e impresionante teleférico construido hace poco más de un año en las Barrancas del Cobre y la tirolesa que corre paralela en la inmensidad del abismo.

En San Alonso todo es grande: barrancas, teleférico y tirolesa. Son tan grandes como el espíritu de los *rarámuri*. Por ese espíritu indomable están considerados y reconocidos entre los seres humanos más portentosos del mundo. Estos jóvenes son de aquí, esta es su esencia, su naturaleza, y están muy entusiasmados con su trabajo.

Para ellos lo agreste del terreno no tiene secretos. Han caminado miles de veces las veredas y las conocen palmo a palmo, piedra a piedra. Consideran a los bosques como parte de su vida, ahí encuentran el sustento. Durante siglos han sobrevivido como parte de ese entorno, plenamente integrados.

Andrés, de 25 años de edad, comanda a un grupo de jóvenes guías de turistas que conducen a los paseantes que se aventuran a vivir de cerca la emoción de hurgar en la inmensidad del abismo por los caminos y veredas que hay en las barrancas. Es un paisaje de rocas gigantescas y bosques inmensos que se pierden hasta donde alcanza la vista.

Lorena, de apenas 17 años, forma parte del grupo. Ataviada a la usanza *rarámuri*, con un paño en la cabeza, blusón y largas faldas de vistosos colores que van del amarrillo al verde bandera, pasando por el rojo y el morado, espera pacientemente la llegada de los turistas para conducirlos por los caminos del abismo hasta la comunidad indígena que se alcanza a percibir desde lo alto de la barranca: Bacajípare.

Este caserío forma parte del paisaje. Al fondo se observa el cauce del río Urique, que en su recorrido atraviesa toda la Sierra Tarahumara y en su nacimiento el agua es tan pura y cristalina que se puede tomar sin reservas.

Martín es un joven indígena de 18 años, muy inquieto. Su mirada vivaracha, refleja su ánimo y disposición para el trabajo que le corresponde hacer en esta nueva etapa que vive su territorio. Él es instructor y guía en la tirolesa.

Hermelinda, una joven mujer de piel blanca y ojos verdes, no encaja por sus rasgos entre los demás jóvenes indígenas. Está considerada entre los que llaman "avencindados", personas que llegaron a vivir en la región sin que sean ejidatarios, pero no por ello son excluidos.

A sus 18 años, Hermelinda forma parte del grupo de instructores y guías de la tirolesa. Ella y Lorena, son las únicas mujeres en el grupo de osados jóvenes.

Hermelinda va ataviada con sus arreos de seguridad que constan de casco, guantes especiales, cinturón con herramientas y pantalones de mezclilla; lleva chaleco que la protege de posibles raspaduras, y el arnés del que se cuelga de los cables de acero. Ya en traje de carácter, tiene una actitud que denota seguridad y conocimiento de lo que está haciendo.

Todos ellos, guías de la barranca e instructores, no son improvisados. Han recibido cursos de primeros auxilios, de historia y geografía, y de especificaciones precisas del teleférico y la tirolesa que son sus lugares y herramientas de trabajo. Algunos ya estudian inglés.

Su forma de vida comienza a cambiar, sin alterar sus orígenes ni sus costumbres, mucho menos sus creencias.

–Si no estuviéramos aquí estaríamos cortando leña, dice uno de los jóvenes entre broma y en serio.

Ese ha sido el destino de sus ancestros. Andar entre el monte cortando leña y cazando para sobrevivir. El bosque siempre ha sido su gran protector y proveedor.

Este proyecto de inversión del gobierno del estado en sociedad con los tarahumaras de los ejidos de San Alonso y San Rafael, en Urique, Chihuahua, forma parte de un Plan Maestro de Desarrollo Regional que tiene como propósito dar un nuevo impulso a la región mediante el turismo, actividad de la cual depende la economía de aproximadamente 6,000 familias de la región.

Uno de los principales objetivos del programa para fomentar la inversión en el campo y abrir nuevas oportunidades de trabajo a los ejidatarios y sus familiares se está cumpliendo. El otro objetivo, que sigan como dueños de sus tierras y las puedan trabajar como lo han hecho durante siglos, también.

Además de los jóvenes que trabajan directamente en el teleférico y la tirolesa, decenas de mujeres y hombres *rarámuri* venden artesanías que fabrican con sus propias manos. Cestos de palma, pulseras de chaquira, utensilios de madera, aretes, figuras en madera tallada e infinidad de curiosidades.

Como es costumbre en los *rarámuri*, ceden la palabra a los más viejos, a quienes consideran más sabios.

En este caso es don Manuel Frías Fontes, un hombre recio de aproximadamente 70 años quien, en 2002 como presidente del Comisariado Ejidal, comenzó las negociaciones para que fuera instalado el moderno teleférico y la tirolesa para atraer al turismo.

Se han contabilizado hasta 360,000 visitantes en un año en la zona del divisadero, por donde pasa el legendario tren Chihuahua-Pacífico. Ahora con las nuevas instalaciones, el número de turistas va en aumento para bien de todos los que habitan en las comunidades de la sierra.

Don Manuel, con la sabiduría que dan los años, explica que este proyecto nació con el objetivo de buscar alternativas de trabajo, de quitarle presión al bosque que durante siglos se han dedicado a explotar los recursos forestales.

El viejo patriarca cuenta que hace algunos años los ejidatarios buscaron alternativas de sobrevivencia local y regional. Lo que saltaba a la vista como uno de los renglones viables de solución con más futuro, era el turismo.

Esta visión coincidió con el punto de vista de las autoridades de los gobiernos estatal y federal, quienes propusieron el tendido del teleférico, siempre bajo la supervisión de la Procuraduría Agraria para poner a salvo sus derechos, refiere don Manuel.

Todo comenzó hace 10 años. Para instalar lo que ahora se considera una maravilla mundial.

Los promocionales turísticos del patronato que buscan atraer más gente hacia este lugar describen que el parque de aventura Barrancas del Cobre se localiza cerca de la estación del ferrocarril Chihuahua-Pacífico, conocida como El Divisadero.

En conjunto, ahí se puede disfrutar de la belleza natural de la zona y conocer de cerca la cultura ancestral de los tarahumaras que habitan la región.

El sistema de tirolesas está considerado como de los más largos del mundo, permitiendo vuelos con alturas cercanas a 450 metros y velocidades aproximadas a 120 kilómetros por hora. Cuenta con 10 "saltos" y tres puentes colgantes, así como varios senderos.

Se puede practicar rapel, escalada en roca y un pequeño puente colgante al que se accede por medio de un "salto de tarzán"; un restaurante con espectaculares terrazas y piso de cristal; milenarios senderos para caminar; renta de bicicletas de montaña; espacios para acampar, y paseos a caballo.

Lo mejor del viaje: el tercer teleférico más largo del mundo con tres kilómetros de cable sin torres intermedias.

Los guías explican que el teleférico se localiza en la estación divisadero, a un costado del mirador de Piedra Volada. Una cabina va en un sentido y, simultáneamente, otra cabina en sentido contrario. Dos cabinas de 60 pasajeros, con capacidad para trasladar a 510 personas por hora. Estas cabinas llegan al Mesón de Bacajípare, mirador que ofrece una imponente vista panorámica de la Barranca del Cobre, la Barranca Tararecua y la Barranca de Urique, esta última la más profunda: 1,879 metros.

Don Manuel precisa que el teleférico está únicamente en terrenos de San Alonso y ocupa apenas 15 kilómetros de terreno de las más de 26,000 hectáreas que tiene el ejido.

Se llegó al acuerdo de rentar esa parte por 30 años y los ejidatarios ya han comenzado a recibir el pago acordado por unos terrenos de uso común que antes no generaban ningún ingreso para nadie. El convenio fue firmado el 7 de julio de 2002. Como prestación adicional, el patronato que administra el parque pagará los 30 años de impuesto predial.

Pero en este caso, lo más interesante, lo verdaderamente importante, es que a poco más de un año de ser inaugurado el parque de aventura, –septiembre de 2010–, mucha gente, hombres, mujeres y ancianos de los ejidos de San Rafael, San Alonso y algunas comunidades "cercanas", han encontrado en este desarrollo turístico una fuente de empleo e ingresos que les permite subsistir y desechar la idea de migrar a otras latitudes en busca de mejores oportunidades de vida.

El convenio establece que se dará prioridad a la gente de la región en la contratación de mano de obra para ocupar las plazas que se vayan creando.

Eligio Morales Quintero, presidente del Comisariado Ejidal de San Rafael, demarcación a la que pertenece el parque de aventura, a su manera, explica que este es un buen plan de trabajo para los "chavalillos", pues son ellos, los del futuro, los que mejor se verán beneficiados.

–Los jóvenes son quienes mejor se han asimilado a esta nueva forma de trabajo y han atendido muy bien a la gente que viene de fuera. El plan del teleférico ha funcionado muy bien, sobre todo para la gente que vende sus artesanías. "Esa gente gana buen dinerito" vendiendo en sus puestos.

Eligio explica que los 261 ejidatarios se pusieron contentos porque cuando arrancó el proyecto les adelantaron tres años de renta. Ahora estudian la posibilidad de que les adelanten los otros 27 años y con ese dinero invertir para construir un hostal o algún tipo de servicio que le dé todavía más beneficios a la comunidad.

Con orgullo, don Manuel Frías cuenta que los ejidos de San Rafael y San Alonso fueron creados oficialmente mediante una resolución del presidente Lázaro Cárdenas en abril de 1936, con una dotación de tierras por 26,000 hectáreas.

San Rafael se llamaba antes Los Tázcates. Se convirtió en un punto importante debido a que era un descanso obligado en el avance de la construcción del ferrocarril.

El presidente Adolfo López Mateos inauguró la obra en 1961. Se necesitaron casi 100 años para realizarla, pero con su llegada se vivió una época de esplendor y desarrollo maderero, minero, turístico y comercial.

Fue una etapa de crecimiento. Los asentamientos humanos comenzaron a crecer y fue necesario dotar de terrenos para vivienda a las personas que aún se les llama "avecindados". Gente que no forman parte del núcleo ejidal pero que ha vivido y trabajado aquí durante generaciones.

Con la mirada puesta en el horizonte, el patriarca dice que la región ha vivido muchos altibajos.

–La minería se acaba, la madera se acaba, el agua se acaba y a veces parece que no hay pa'onde.

Sin embargo, sonriente nos dice que este plan de turismo en la región está resultando muy bueno para la gente.

–Esto del teleférico no sólo beneficia a los ejidatarios. Ayuda a la gente de toda la región y sigue beneficiando a muchos. En el futuro beneficiará a más, asegura.

–Para poder hacer todo esto, sigue platicando, el apoyo de la Procuraduría Agraria ha sido definitivo. Es un apoyo incondicional, con asesoría legal, para que se hagan las cosas dentro de la ley. Siempre han estado pendientes de nosotros y son muy respetuosos de las decisiones de las asambleas.

El ánimo de la gente está al alza. Todo se ha llevado a cabo conforme a la ley, haciendo respetar los derechos de los legítimos propietarios de las tierras, con respeto absoluto a las resoluciones de las asambleas ejidales, supervisadas siempre por la Procuraduría Agraria.

El desarrollo del parque de aventura en la tarahumara apenas comienza y ya se ven los resultados. La gente de la región está trabajando. Se nota en su rostro la satisfacción.

En el bosque de "La Beata"

En la comarca circundante de Amealco, municipio de Querétaro, existe una leyenda que se ha difundido a través de generaciones y que emociona a niños y jóvenes de la comunidad. Cuenta la leyenda que en el bosque de "La Beata", en las ruinas de lo que fue un monasterio, en determinadas épocas del año y a ciertas horas de la noche, aún se escuchan lamentos de almas en pena.

Según los dichos, durante la Guerra Cristera (1926 a 1929), algunas monjas que huyeron de las persecuciones en contra de quienes profesaban el culto católico, se refugiaron en los cerros cercanos al municipio que hoy tiene por nombre Amealco de Bonfil.

Ahí permanecieron hasta que fueron descubiertas, ultrajadas y muertas por quienes se oponían a su religión. Desde entonces sus almas penan por el lugar y no han encontrado el descanso eterno. No hay datos fidedignos ni documentados del hecho, sólo la conseja popular que se convirtió en leyenda.

Al lugar se le conoce como bosque de "La Beata" y la leyenda, junto con un recorrido por el monte hasta las ruinas del monasterio, son parte de los atractivos turísticos del nuevo Parque Ecológico CGV-50, que es una realidad gracias a la asociación de los ejidatarios de San José Galindo con la Caja de Ahorro y Préstamo Gonzalo Vega, y como un resultado de la revolución silenciosa de la tercera etapa agraria que avanza en México: la del desarrollo y la productividad promovida por la Procuraduría Agraria en todo el país.

Vicente Jiménez Mejía, presidente del Comisariado Ejidal de San José Galindo, explica que los 151 ejidatarios son los legítimos propietarios de las 100 hectáreas que componen el parque ecológico bosque de "La Beata", ubicadas en el perímetro de Amealco de Bonfil.

Se trata de una ampliación ejidal que les fue otorgada en 1962. La regularización mediante el Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares (Procede), les fue concedida en 2003.

Las 100 hectáreas que componen el bosque de "La Beata" son de uso común y hasta antes de la asociación con capital privado permanecían ociosas.

Entre la zona de vivienda del ejido de San José Galindo y el bosque de "La Beata" hay aproximadamente 50 kilómetros. Desde San Juan del Río, pasando por Galindo se llega por carretera y un pequeño tramo de terracería. Al pie del bosque se encuentra la comunidad de "La Beata", compuesta por 250 personas que viven en 50 casas con servicios básicos de agua, luz y drenaje.

El presidente del Comisariado Vicente Jiménez, explica que se trata de una aportación de las tierras de uso común del predio conocido como "La Beata" para la constitución de la Sociedad denominada "Parque Ecológico CGV 50 sa de cv" el cual tendrá una duración de 99 años.

Este acuerdo beneficia a los 151 ejidatarios y sus familias quienes recibirán los dividendos económicos que se generen por la prestación de servicios turísticos, una actividad que no les es ajena puesto que muchos de los pobladores de Galindo alguna vez trabajaron en el Hotel Fiesta Americana que se asienta en su pueblo, distante a 15 minutos de San Juan del Río.

La parte empresarial aportó el capital, alrededor de siete millones de pesos, aplicados directamente a construir la infraestructura turística requerida.

El acuerdo estipula que al ejido de San José Galindo se le otorgará 30% de la utilidad que genere el parque. Más importante aún, los habitantes del núcleo agrario tienen prioridad para ocupar las plazas de empleo que se generen en la reforestación del parque, establecimiento de viveros, cercado perimetral y mantenimiento del sitio. El entusiasmo es evidente entre los habitantes por las expectativas que genera un proyecto de esa naturaleza.

El desarrollo prevé áreas para acampar, miradores, actividades en la laguna, tienda de recuerdos, tirolesa, práctica de rapel, caminatas guiadas, observación de aves y fauna, aventura a caballo, bicicleta de montaña y observación sideral por las noches.

En la punta de uno de los cerros del bosque de "La Beata", la Caja de Ahorro y Préstamo Gonzalo Vega instaló un moderno centro de capacitación, que se encuentra en propiedad privada, pero es parte del entorno y fueron construidas 10 cabañas parecidas a las que habrá en la parte ejidal.

Otilio Herrera Mares, gerente de la Fundación de la Caja Gonzalo Vega, dice que antes que otra cosa se busca preservar el medio ambiente; una de las primeras tareas será reforestar todo lo que se pueda y las construcciones se emplazarán en lugares apropiados que no lesionen el entorno.

En la comunidad de "La Beata", ubicada en la entrada del bosque, el cambio de vida es evidente. Como beneficio aparejado al desarrollo fue construido por las autoridades locales un andador y una plaza cívica con materiales propios de la región, como laja, y fue empleada la misma gente del pequeño poblado, lo mismo que en la construcción del centro de capacitación de la Caja de Ahorro.

Francisco Maya es el subdelegado municipal. Destaca que lo mejor que les ha pasado es que exista empleo ahí mismo, pues para ellos cada vez es más difícil sembrar en sus tierras de temporal debido a la escasez de lluvias. Miguel Maya está contento con trabajar en las obras de la comunidad, pues dice que eso ayudará a que la gente ya no se vaya a buscar trabajos a otros lados.

–Mucha gente de la región emigra hacia EUA en busca de mejores oportunidades.

Algunas de las mujeres de "La Beata" también han encontrado una oportunidad de generar ingresos. Trabajadores especializados contratados para el diseño del Centro de Capacitación y el parque ecoturístico, necesitan comida, aseo y habitación. En algunas casas brindan los servicios y les generan ganancias a las familias. Los beneficios están por todos lados. Francisco Maya asegura que están convencidos que vendrán tiempos mejores. Él no ve por ningún lado algo que los pudiera afectar.

La mayoría de los habitantes de Galindo trabajan o han trabajado en el hotel de primera clase que se ubica dentro del ejido. Cada año cuando menos 60 personas prestan sus servicios en diferentes áreas.

Este se encuentra en el casco de la hacienda, regalo que Hernán Cortés le hizo a doña Marina La Malinche a finales del siglo XVI.

Aquí se combina el aire campirano y las raíces de México con la modernidad y funcionalidad de sus áreas para ofrecer un sitio lleno de magia para vacaciones de placer, reuniones de negocios o eventos sociales.

Aquí, sin duda, la vida le está cambiando a la gente.

Kidsrs

Rescate de Yokdzonot

Agua pura y transparente. Ese es el concepto generalizado que se tiene de lo que es un cenote sagrado. Se trata de recipientes milenarios de aguas subterráneas que corren por la península de Yucatán y que en muchos lugares se manifiestan como ojos de agua que con la luz del sol, irradian claridad, pureza, y un azul turquesa tan intenso que no parece real.

En maya *Kiich Keleen Haa*, quiere decir eso, agua pura y transparente, nombre que escogieron para su organización un grupo de entusiastas indígenas que, desde hace cinco años, trabajan en el cenote sagrado ubicado en el poblado de Yokdzonot, municipio de Yaxcabá, distante apenas 15 minutos del legendario sitio arqueológico de Chichen Itzá. Ellos mismos realizaron, con esfuerzo, trabajo y sacrificio, un proyecto de autoempleo que sólo requirió un oportuno impulso de las autoridades federales para que se hiciera realidad. El proyecto ha sido un éxito. En poco más de cuatro años han recibido la visita de casi 14,000 turistas, algo que nunca imaginaron que podría suceder.

Este cenote de aguas transparentes, tiene 45 metros de profundidad, de acuerdo con buzos expertos que han bajado hasta el fondo en busca de vestigios arqueológicos.

El parador turístico de Yokdzonot, en donde se encuentra este cenote, es un sitio mágico, lleno de misticismo, en donde se pueden realizar actividades como nadar, hacer rapel, acampar, practicar el senderismo, andar en bicicleta de montaña, descansar en hamacas y disfrutar las delicias yucatecas que preparan como los papatzules, salbutes, poc-chuc, o la cochinita pibil.

Este proyecto forma parte del amplio programa FIPP que impulsa la Procuraduría Agraria en todo el país, y en este caso particular, se requirió regularizar la tierra pues durante muchos años el cenote estuvo abandonado por la creencia de los pobladores que era del municipio, se encontraba en terrenos nacionales o dentro de alguna reserva de área protegida.

El poblado de Yokdzonot, (*dzonot* se traduce como abismo o casa honda, pero los españoles decían cenote al no poder pronunciar el vocablo original) se encuentra a 100 kilómetros al este de la ciudad de Mérida y a 27 kilómetros de la zona arqueológica de Chichén Itzá.

Los cenotes eran lugares sagrados para los mayas ya que representaban la entrada al inframundo y siempre han sido un gran atractivo para el ser humano. Por ello la visión de que algo se podría hacer con el manto de agua que se encontraba dentro de la población fue de un grupo de entusiastas mujeres en el año de 2005.

Héctor Javier Tun Chic, presidente del Comisariado Ejidal, confirma la versión de que fueron mujeres las iniciadoras. Participaron originalmente 50 personas de los 290 ejidatarios que viven en Yokdzonot, propietarios de 8,600 hectáreas de selvas.

El principio no fue fácil, se tuvo que trabajar arduamente. El lugar se encontraba abandonado y lleno de basura. Algunos años atrás había servido como pozo de agua y mucha gente se surtía para sus necesidades primarias. María Antonia del Socorro Escobedo Santiago, una de las socias de la cooperativa, cuenta que el desánimo cundió entre muchas de las participantes y como no vieron ganancias inmediatas se retiraron. Tenían que trabajar mucho y sin paga, aun así limpiaron el lugar con sus propias manos y ellas mismas removieron piedra por piedra. Con el paso de los años muchos abandonaron el proyecto. Ahora sólo quedan 17 socios, cinco hombres y 12 mujeres. Ellos han logrado sacar adelante el parador turístico.

Cada tercer día por la mañana, un grupo de esforzados socios de la cooperativa limpian el cenote. Es todo un espectáculo observarlos en grupos de seis a 10 personas, hombres y mujeres, incluyendo adultos mayores, se lanzan al agua provistos únicamente de sus chalecos salvavidas, y con sus manos comienzan a "palmear" el agua para empujar la basura que se acumula en la superficie, que no es otra cosa que hojas desprendidas de los árboles que rodean el borde del cenote.

Entre todos y con buen ritmo, avanzan llevándose los desechos hasta juntarlos en una caverna, y una vez ahí, después de aproximadamente 15 minutos de esfuerzo, con redes licúan el agua hasta dejar la superficie totalmente limpia y resaltar más la belleza del sitio.

Como todos los esfuerzos que valen la pena, en donde se pone alma, vida y corazón, los indígenas comenzaron a buscar apoyos adicionales para darle al lugar la dignidad que requería y convertirse en un auténtico parador ecoturístico. Las esperanzas estaban concentradas en su cercanía con Chichén Itzá y por ser paso obligado de la carretera libre que va de Mérida a Cancún. Sus afanes fueron coronados por el éxito.

Representantes de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (Cdi) los escucharon y aportaron diversas cantidades para que el cenote de Yokdzonot fuera abierto al público en 2007, por tratarse de un proyecto totalmente ecológico y desarrollado por los indígenas de la organización *Kiich Keleen Haa*. A partir de entonces, comenzó la capacitación para que el personal que labora en el parador turístico estuviera en condiciones de brindar servicios de rescate acuático, rapel, *snorkel*, educación ambiental, campismo, ciclismo y primeros auxilios. Ya con todos esos elementos, ahora los 17 miembros que conforman la organización se esfuerzan por mejorar el servicio y ofrecer nuevas experiencias a todos los visitantes.

El jefe de residencia de la Procuraduría Agraria en Tekax, Jesús Ernesto Canul Can, y el visitador agrario Wilbert Ávila Ake, quienes han seguido de cerca la evolución del parador ecoturístico, destacan que ha sido constante el trabajo interinstitucional para hacer realidad la explotación del cenote. En principio, los habitantes del poblado y los ejidatarios pensaban que el terreno pertenecía al ayuntamiento de Yaxcabá. Con la asesoría de la Procuraduría Agraria y la gestión respectiva, se obtuvo un dictamen pericial que determinó que el cenote se encuentra en tierras del ejido Yokdzonot, como parte del asentamiento humano, con lo cual se logró que en asamblea ejidal celebrada el 30 de julio de 2010, se otorgara la superficie de tierra en usufructo.

Con la certeza jurídica de la documentación en la mano, fue que los socios se acercaron a la Cdi para solicitar y recibir el financiamiento que han invertido de manera transparente, actuando en todo momento de una manera honesta y de buena fe. Todo lo tienen documentado y debidamente registrado.

A la fecha han construido una palapa-restaurante para 24 comensales; instalación sanitaria con dos baños ecológicos; senderos interpretativos; cerco perimetral del cenote de 139 metros con materiales de la región; puente y mirador; construcción de 26 metros de escalinata con materiales de la zona; plataforma a espejo de agua del cenote para una carga de 10 personas; así mismo, la adquisición de 10 bicicletas tipo montaña para turismo de aventura; pasamanos o barandal para minusválidos; construcción e instalación de seis mesas tipo *picnic*; adquisición de 10 hamacas individuales y matrimoniales e instalación de la energía eléctrica, senderos y palapas de descanso.

El trabajo ha sido intenso. Los socios aportaron toda la mano de obra, el material para la construcción de la zona, construyeron las palapas, los senderos y el restaurante. Recibieron seis talleres de capacitación. El mérito consiste en que el grupo emprendedor y visionario de ejidatarias y ejidatarios, indígenas mayas, que no sabían nada de la actividad, trabajaron con entusiasmo, buscaron la asesoría institucional para la seguridad

jurídica del proyecto, para la elaboración y capacitación del mismo y obtuvieron un doble beneficio: ser socios y trabajar en un proyecto de éxito.

Pero van por más. En la región de Yaxcabá existen 17 cenotes, ya está en ciernes proyectos para hacer recorridos por los más que se pueda. La historia indica que los habitantes de esta población, y vecinos de Sotuta, fueron rivales y hubo masacres brutales en la Guerra de Castas. En esta región habitó el rebelde maya Jacinto Canek quien levantó a los indígenas que vivían en calidad de esclavos bajo el yugo español. La revuelta fue reprimida y Canek fue capturado, torturado y ejecutado en la plaza principal de Mérida.

Los cenotes de Yucatán son un tesoro de la naturaleza que se debe conocer, pero sobre todo preservar. Es innumerable la cantidad de cenotes, hay datos que indican la existencia de alrededor de 6,000 de diferentes tipos: los abiertos a manera de lago u ojo de agua; los que están cubiertos por una bóveda parcial, y los que están dispuestos a manera de caverna.

La meta de los socios cooperativistas de *Kiich Keleen Haa* es posicionar a este parador turístico como uno de los más importantes de la región debido a que es un lugar maravilloso, diferente, y cuenta con todos los servicios para garantizar a los visitantes momentos únicos e irrepetibles.